

AAF
2155
Afg. 3

Los Trabajadores de la Muerte

Diamela Eltit. Editorial Planeta, Santiago, 1998, 189 páginas.

por Antonio Avaria

99
A L considerar esta sexta novela de Diamela Eltit, impresiona la coherencia de su mundo novelesco; la autora es fiel a sus temas y personajes. Así los seres marginales: vagabundos, indigentes, lisiados, seres que recargan su indumentaria y decoran su apariencia exterior. El capítulo que cierra esta novela, en un mercado persa, es excelente, vivísimo, con imborrables imágenes y porfía naturalista en una descripción de ambientes miserables que Diamela Eltit eleva a categoría de arte.

Otro punto alto y reiterado, o motivo fundamental, y que en esta novela alcanza intensidad de moleadora, es el tema de la mujer como cuerpo sufrante; aquí es el soliloquio de un cuerpo mártir sometido a la brutalidad y grosería del hombre, quien gastará ese cuerpo durante ocho años, sin concederle jamás a cambio un momento de goce, pariéndole dos hijos que le curvarán la espalda para siempre y la traspasarán a olor a vómito y caca de guagua; el sometimiento sexual lleva a límites casi intolerables; el lector espera que alguna vez llegue el castigo, o la venganza, la que ocurre de forma inesperada, pero muy plausible; la persona del marido machista y sinvergüenza no es nada ambigua; tampoco es ambiguo el tema del incesto, que también aparecía en otras novelas de Diamela, y específicamente en *El cuarto mundo*. La relación erótica es atrevida, de fina calidad sensual y lujo estético.

En cuanto al estilo, hay dos, como en toda la

obra de Diamela Eltit. Por una parte, un cierto rebuscamiento léxico que paraliza el texto y lo congela; aparece pegoteado de cultismos y abstracciones. Cargamos aquí la mano porque creemos que esa vena resulta en defecto de composición, en elemento que estropea la excelencia de otros, sin destruir, eso sí, la notable validez del conjunto. Afortunadamente, domina en este libro una Diamela Eltit que deslumbra cuando se atropella, cuando da cauce literario a sus originales obsesiones, cuando se abandona a un lirismo auténtico, ebrio, orgásmico. La perjudica lo estatuario; la engrandece la entrega al flujo pasional, cuando

Diamela Eltit Los trabajadores de la muerte

Novela



Seix Barral Biblioteca Breve

produce unas páginas intensas, descaradas, como es difícil encontrar en la literatura chilena. Diamela no ha refrenado su tendencia a adjetivarlo todo, machaconamente; confiemos en que el ímpetu que exhala su prosa devorará adjetivos y adverbios, limpiándolos de su notoriedad, pues lo que verdaderamente se impone en lo mejor de la novela es una prosa original, que trasunta lo sensual pero también lo sórdido, lo viscoso y untuoso; capacidad de hacer sentir el mal olor del albergue de indigentes, o el filme sobrecogedor de algunas calles de Santiago. Diamela nos depara "esa parte salvaje y primitiva que a veces tienen los textos

femeninos", como apuntara certeramente ella misma al referirse a Gabriela Mistral (véase J. Andrés Piña, *Conversaciones con la narrativa chilena*, Ed. Los Andes, 1991).

En *Los trabajadores de la muerte* tenemos la descripción más escalofriante, más enardecida, del machismo chileno cotidiano, y el drama de la mujer doblegada y a la vez defensora de sus crías ante alguna terrorífica rata de acequia. El lenguaje es simbólico, indirecto, metafórico. La anécdota es siempre una parábola a la manera evangélica. La galería de personajes es exigua y los interiores casi no se describen, qué diferencia con Balzac, y la vez qué proximidad con Robbe-Grillet en el recorrido de lenguajes gestuales y exteriores. Diamela examina con prolijidad clínica las heridas y tribulaciones del parto y del amamantar. Lo más logrado es la segunda parte. Narración pura, viva, apremiante, concreta, nada discursiva, sin racionios abstractos. Reduce la prosopopeya al mínimo.

El argumento es nítido, simple y acaba con un hecho de sangre, pero el lector tiene que trabajar para resolver la trama, porque el desarrollo —como en *Patas de perro*, de Droguett— no es lineal. Asimismo, en esta novela se desenvuelve una fábula que ya está escrita, que un oráculo ha previsto. Justamente una muchacha vagabunda, la niña del brazo mutilado, oficiará de intérprete y anunciadora de un drama en el que no faltan las atroces pesadillas, un coro de inválidos y múltiples detalles sórdidos y nauseabundos. A la vez, fórmulas perifrásticas, como "el artificioso protocolo de las gargantas y de los gestos no viene sino a remarcar el indesmentible protagonismo de una sed viejosa que carece de contornos" son a todas luces excesivas, mal remendadas de Góngora.

La niña en el albergue contará desde la noche al amanecer "las voces que se incuban en el interior del alma del que va a ser el próximo asesino". Y comienza una historia muy amarga.